

Cultura

La risa...

Yolanda Zamora

yolandazamora@hotmail.com

En fecha reciente, tuve la oportunidad de ofrecer una charla en el Centro San Camilo, titulada, "La Risa", tema con variaciones, plática seguida de la interpretación del cantautor Pancho Madrigal y sus famosos Corridos bandoleros.

Hoy, en este artículo, rescato algunas de las ideas medulares de esa charla, agradeciendo la atención e inteligente escucha de todos los que estuvieron presentes.

"La sonrisa es la primera hazaña del ser humano - escribe Pedro Laín, en su libro Teoría y realidad del otro, y agrega que - durante los primeros días de la existencia postnatal, la vida del niño oscila entre dos polos: el sueño y el llanto. La saciedad placentera se hace presente en aquel; la deficiencia alimentaria y el malestar se expresan en éste. Callada o ruidosamente uno y otro estado van configurando hora tras hora el organismo y el alma del recién nacido. Antes de que en él haya una conciencia psicológica propiamente dicha, cuando su vivir interior es un nebuloso vaivén de emociones oscuras y turbas, el niño empieza a ser lo que luego, ya adulto ha de ser".

Cuando vemos sonreír a un pequeñito, nos invade un profundo sentimiento de humanidad, aún cuando muchas veces esa primera sonrisa, sea sólo una señal de apetito. Esa primera sonrisa se convierte en el primer suceso, el cual, paulatinamente, se irá transformando hasta ser un gesto volitivo, que, con suerte, nos acompañará siempre. Escribe el poeta romano Virgilio:

"Comienza, niño, a conocer a tu madre con tu sonrisa".

Lamentablemente, los seres humanos, inmersos en el vértigo cotidiano, nos olvidamos de reír; no tenemos tiempo, a veces, ni para sonreír. Y cuando olvidamos reír, celebrar, festejar la vida... un sentimiento de insatisfacción y dolor se va a instalando en nuestra existencia, hasta llegar a "enseñorearse" y echar raíces.

Entonces, poco a poco, minuto a minuto de cada día, se va cincelandando en el rostro un rictus de amargura, de frustración, que termina por colarse en todos los actos de la vida. Dice la sabiduría popular: "Después de cierta edad, cada cual es responsable de su propio rostro".

La risa ha interesado desde siempre a los filósofos. Corre la leyenda de que Aristóteles escribió un libro sobre la risa, volumen que, desgraciadamente, si es que existió, se perdió, como sin duda tantos otros libros del estagirita. Sobre este supuesto libro, Umberto Eco construyó toda una novela, recordemos El nombre de la rosa, extraordinaria obra ambientada en el turbulento ambiente religioso del siglo XIV, cuando en una abadía en los Apeninos septentrionales de Italia, suceden una serie de crímenes, provocados precisamente por "el libro de la risa" y un monje-detective, Guillermo de Baskerville, se dispone a aclarar el misterio...

Filósofos como Sören Kierkegaard afirmarían que la risa es precisamente aquello que nos humaniza; esa primera sonrisa sería entonces el principio de la urdimbre emocional que habrá de conformarnos como seres humanos. Hay quienes piensan, sin embargo, que el animal ríe también; digamos que podría ser una cuestión grado. El perro puede manifestar signos de alegría, contrayendo los músculos más móviles de su organismo, en este caso colocados en

la cola. El perro –podríamos decir- “sonríe con la cola”. Sin embargo, en el hombre, las causas pueden ser no sólo orgánicas, sino psicológicas, lo cual nos lleva a considerar la risa como típicamente humana, y por ello supone un cierto desarrollo de las funciones superiores. Como quiera que sea, es fácil coincidir en que, la risa cantarina de un niño suena como aleteo de pájaros... como piedras arrastradas por el arroyo... o cómo música traída por el viento desde mágicas geografías... ¿no es así?

¿Qué ocurre entonces, por qué y cuándo dejamos de reír? Y al detenernos a preguntárnoslo, surgen muchas otras cuestiones: ¿Con qué frecuencia suelo reír? ¿Cómo y de qué me río? ¿Cómo me siento al reír? ¿Soy capaz de reírme de mí mismo? Y sobre todo: ¿Cuánto hace que no estallo en una de esas carcajadas que libera la tensión y convoca al espíritu de levedad? Tengo la impresión de que actualmente la prisa cotidiana nos abrumba al grado de no permitirnos, ni siquiera, tiempo para reír, para expresar ese sentimiento de alegría, de bienestar, de euforia, que produce un estímulo que a su vez contrae los músculos más móviles del organismo: los del rostro. ¿A qué se debe esta contracción?

Este hecho parece explicarlo la teoría que atribuye la risa a una rápida relajación de la tensión. Cuando esperamos el desenlace de una situación graciosa, o escuchamos la narración de una historia divertida, un cierto grado de suspenso o tensión se va acumulando, para luego descargarse rápidamente. (J.F. Doncel - Antropología).

Es importante distinguir entre la sonrisa y la risa. La primera supone un sentimiento de bienestar corporal. La segunda supone la percepción de algo gracioso. Aparece aquí un elemento importantísimo: la capacidad de percibir con humor, es decir, el sentido del humor. Como podemos apreciar, el sentido del humor está íntimamente relacionado con la inteligencia. Cuántas veces nos pasa desapercibido ese sutil sesgo de una conversación, que provoca la hilaridad de otra persona “más ingeniosa”.

Lamentablemente, en la actualidad, especialmente a través de los medios de comunicación, el intentar hacer reír está relacionado con el chiste fácil, el pastelazo y lo burdo y soez, desvirtuando así la verdadera esencia de la risa, y subestimando a un público cada vez, por cierto y lamentablemente, menos exigente.

Hay otro aspecto que me gustaría destacar en relación con estas consideraciones sobre la risa. Resulta que hay quienes se preguntan con fatalismo y una cierta soberbia: ¿Cómo puedo yo reír, si soy tan inteligente que me doy cuenta de que las cosas no andan bien en el mundo? ¡Sólo los tontos, locos o inconscientes ríen!

¡Qué gran falacia! Es posible que la risa hueca sea, efectivamente un primer y elemental nivel. El segundo nivel sería, efectivamente, la toma de conciencia de la difícil circunstancia del ser humano actual, y ello provoca todo, menos la risa. Pero existe un tercer nivel...

Este tercer nivel, al que me refiero, tiene que ver con la madurez, con la inteligencia, y con la decisión de conquistar la capacidad de reír “a pesar de las circunstancias”.

Cierro con un párrafo del filósofo español José Ortega y Gasset (El Espectador- Salvat Editores) que pone de manifiesto con una dolorosa metáfora, la cárcel en la que volitivamente se oculta aquel que ha perdido la risa y la alegría de vivir: “Cuando no hay alegría el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo y hace de él su cubil. De cuando en cuando da un aullido lastimero o enseña los dientes a las cosas que pasan. Y todas las cosas nos parece que hacen camino rendidas bajo el fardo de su destino y que ninguna tiene vigor bastante para danzar con él sobre los hombros. La vida nos ofrece un panorama de universal esclavitud”.

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 51 (2011)

¡Arrojemos entonces esa esclavitud que significa el vivir en la amargura y en la frustración!
Hay razones... claro que hay razones, para vivir en la alegría y en el profundo agradecimiento.